

# DE ACTUALIDAD

## Fatal éxodus.

Uno como soplo de tempestad pasó sobre la América.

El huracán de la guerra asordó el espacio; encrespó los mares; sepultó de escuadras como las caravanas el vendaval de los desiertos; quebró un poder cuatro veces secular; desgarró la bandera de Lepanto; borró fronteras de reinos; hizo retroceder asombrados los tercios de Pavía; y, a su conjuro formidable, se alzaron legiones de combatientes en una selva de esclavos.

Temblaron a su paso las islas y los hombres! En el incendio de la selva, el viejo León hispano huyó despavorido, y el águila salvaje persiguiólo, batió sobre él las alas formidables, desgarró el flanco ensangrentado, y la melena encanecida, y tinto de sangre le dejó partir.

Allá va! Ya se borra su silueta enflaquecida en esas lontananzas incendiadas, en el crepúsculo gris de la derrota. . . Mudo va en el dolor del vencimiento. Su rugido que tantos siglos repercutió en la Historia, no extremece en las selvas ni los valles. Vá solo, el viejo león de los combates. Los cachorros que deja en la América se occultan en sus selvas asombrados, confundidos ante el vuelo de las águilas.

Y la bandera hispana desapareció del horizonte americano. Y allí donde extendía su rojo y gualda, abren sus alas sangrientas, flámulas del combate, las águilas de Saragota y de Yorktown.

Y allí va la bandera de Bailén. Va plegada y sin gloria, en los morrales de un ejército que se rindió sin combatir.

La bandera americana, llena de estrellas y de listas, ondea flamante sobre las islas conquistadas.

¡Lábaro de fuerza vencedora!

La Europa, vuelta de su asombro, de su pavor inmenso, herida en su orgullo, con el despojo de su hermana, débil, silenciosa y hosca, se resigna a ese vencimiento de su sueño, y vuelve sus ojos al Oriente, donde el oso del Cáucaso vela el letargo del hombre amarillo opiatizado.

Y, el águila del Norte avergonzada de su lucha sin gloria, sidiendo de conquistas, se resigna apenas a plegar las alas ansiosas de espacio y a cerrar las garras nostálgicas de presas. Es una tregua.

El reparto de Oriente no la seduce. No despiertan su apetito los miembros enflaquecidos de esos pueblos que duermen como faquires en las faldas del Godjar y en las riberas del Petchili.

Cuando hayan sido despedazados por otros, extenderá su vuelo desde el archipiélago malayo, donde colgó su nido, irá al festín de carne y se posará allí silenciosa y hosca, sobre su presa escogida, con las alas extendidas y los ojos desmesuradamente abiertos sobre el inmenso y silencioso Oriente.

Por hoy no piensa en esto. Su pupila roja se vuelve hacia el Sur. Es la pertinaz visión. Es el país de su ensueño. Cuba es como suya. Puerto Rico es su conquista. Y eriza las plumas de sus alas pensando en Nicaragua, que le oculta la vista del Haway.

Leed los periódicos del día.

Todos hablan del destino manifiesto de este pueblo hacia el

Sur, todos marcan al istmo como el límite momentáneo a su ambición.

E irán sobre él. Nada detendrá a este pueblo en su camino de invasión. Nada sino la fuerza.

Un destino fatal e inapelable lo impulsa allá y parece que oyerá vibrar en el espacio las palabras de la escritura: "date prisa al despojo y apresúrate a la presa."

Los instintos de su raza lo llaman a la conquista

Son los hombres del Norte, y los descendientes de los normandos, de los piratas del Báltico, que en las barcas de cuero cruzaron la ola negra, bajo el cielo brumoso, para dar principio al pillaje de los pueblos.

Son los hijos de los teutones, que enterraron en el silencio de sus selvas las legiones de Varo; que hicieron la desesperación de Octavio y asaltaron al capitán con sus cabezas blondas, como un trigo móvil y sus ojos azules llenos del estupor salvaje de sus montañas.

Son los descendientes de aquellos mendigos de Albión y de Germania venidos en obscura emigración a América, hechos poderosos y que hoy sienten vibrar en sí todos los atavismos de su raza aventurera.

Lo que ha pasado en Cuba no es sino el prólogo de un drama, la conquista de América.

Aquello no fué una guerra de libertad, fué una guerra de conquista.

No fué una reflexión filantrópica, fué un odio etnológico, lo que levantó aquellas olas de fuego y sangre en que naufragó la independencia de los pueblos.

No fué guerra de dos países, fué un duelo de dos razas.

Un pensador lo dijo ya.

Y el fracaso de la raza latina se acentúa.

La Francia en Sedán, la Italia en Masshova, la España en Santiago. . . Derrota y decadencia. Todo es vencimiento, todo es ruina en torno de esta raza que parece herida por la cólera de los dioses, denunciada por el verbo de los profetas, tocada por la lepra de Liraza.

Los cachorros de la loba, las águilas augustales, los leones castellanos, todos vencidos fueron, todos huyen, heridos por los dardos del destino a la luz espectral de la derrota.

"Algo más que el periplo de Havunón, que las medallas de que habla el historiador, que los versos de Plinio y el recuerdo de Anibal, queda de Cartago".

Queda su espíritu y el runfo es suyo.

Hoy el mundo es cartaginés. Sí, por que es inglés.

Hoy el alma latina está vencida. Nada puede ya el fantasma de Scipión.

Todos los muertos de Zama están de pie.

Los fenicios rotos por Ciro y los cartagineses muertos por las legiones, se han rehecho y son los vencedores.

Las ruinas de Tyro se animan con nueva vida sin recordar el paso de Alejandro, y de la hoguera de Cartago sale un cisne immaculado, cisne con las alas de oro.

Tyro, Babilonia, Capadocia, resucitan bajo otros nombres.

Mercurio, el Dios de alados pies, impera solo

La India, el Londán, Matabelán, Egipto, Dongola, Gibraltar, Manila, Haway, Cuba, Puerto Rico, tales son las grandes avanzadas de los modernos fenicios.

Y el verso de Homero, que hizo orar al romano, parece vibrar, no ya para un pueblo, sino para una raza.

Troja también verá su último día. Los vencedores de Salamina, son mendigos bajo el petro de un Gleuksburg, o esclavos bajo la cimitarra del tártaro.

Los campeones de Himesano encuentran tierra donde posar el pie, y el último Hohenzollern se unió al turco para asesinarlos en Armenia.

Y, los sajones crecen, se dilatan y uncen a su destino la victoria.

Tienen sus reyes en Escocia e Irlanda; su "alma mater", en Windsor, los nietos de su reina en Berlin y Petrogrado; sus abuelos en Copenhague; reinan bajo el cielo de Atica tienen sus legiones en Egipto, en la India, en Africa y los bastardos de sus pecheros y lacayos tienen la garrá puesta sobre América. Con tanta razón como Carlos V pueden decir que en el imperio de su raza no se pone el sol. Los primeros ojos que lo ven surgir en el Oriente y los últimos que lo ven ocultarse en el Ocaso, ojos sajones son.

El águila que se escapaba de las lu guerres en las orgías tirianas, cubre hoy con su sombra toda la extensión del globo. Nada detiene su vuelo majestuoso. Su aleteo formidable pone pavor en la conciencia humana Y una sola pluma de sus alas basta para aplastar a un pueblo.

Raza soberbia y tiste, soñadora y sensual, avara y cruel bajo las banderas de Mercurio, conquistando el mundo, rapaz como lobezno de Sannacia, astuta como las panteras de Sumatra.

Libre ya de neurosis semítica que la agitó en la antigüedad, más ocultos sus atavismos de dominio, ya no crucifica a los pueblos en las gránules veladas de la Historia.

Allí están puestos en cruz los tres últimos vencidos.

Las águilas remolinean en torno a esos lotes de aqueñe el Océano, donde los pueblos conquistados principian su agonía y parten en obscura emigración.

¿A dónde van las águilas del Norte?

Allá van en columna triangular, a los bosques del trópico. Allá van!

Despertad a los cóndores de Ayacucho!

Despertad a los cóndores de Maipú!